

Afirma la alcaldesa de Madrid, Ana Botella, que nada de todo lo bueno que se haga en las Administraciones públicas por los gobiernos populares servirá para evitar la fragmentación de la base electoral del PP, si no se recuperan las iniciativas en la defensa de leyes o instituciones.

Me lleva esto a preguntarme en qué debe consistir esa defensa, y concluyo que el principal modo de hacerlo es cumplir con las primeras y respetar a las segundas. Pero, por otra parte, esta intervención de la alcaldesa en el Club Siglo XXI me hace pensar en tantos comentarios, tantas opiniones, que hablan de la desnaturalización del ideario popular, que presuntamente aboca a la formación centroderechista al fracaso.

Sin duda llevarían razón quienes así piensan, si el PP hubiese perdido su vocación de partido de centro-derecha. Si hubiese desistido de su convicción de que el régimen de la Monarquía parlamentaria que disfrutamos, con su sustento en la más democrática constitución de la que jamás hemos gozado, es el mejor de los posibles en nuestra España de hoy en día. Si hubiese renegado de la lucha antiterrorista... En definitiva, si se hubiese instalado en una ominosa entrega a valores ajenos a los que tradicionalmente sustentan las ideas populares.

Me parece que la alcaldesa de Madrid, cargada sin duda de excelentes intenciones, se suma a las muchas voces que claman por una política clara e inequívoca y perfectamente identificable por los militantes y votantes populares. No es, por lo demás, Ana Botella la principal reivindicadora de ese modo de hacer “fetén”; ahí tenemos a Esperanza Aguirre en su semirretiro, libre de los compromisos del poder y de sus dificultades coyunturales, aunque no de la dirección del partido en Madrid, lo que le proporciona un valioso altavoz a sus legítimas tesis. *Sotto voce* o a micrófono abierto, muchos secundan a la líder regional con vocación nacional, que no llegó a presentar candidatura en el último congreso del PP.

¿Llevan razón tantas y tan acreditadas voces? Sin lugar a dudas la llevarían, si la dirección actual se hubiese tumbado a la bartola, como muchos piensan. Así, los disconformes exigen de Rajoy “un puño en la mesa”. Y uno se pregunta: ¿por cuenta de qué? ¿Porque Mas y sus socios quieren convocar un referéndum ilegal? Pues no hacen falta estridencias. Basta con hacer cumplir la ley, cuando llegue el momento, claro. Los nacionalistas están dando la tabarra a modo, y se inventan la historia. Pero hasta donde uno conoce, eso no es delito. Y sobre los abusos en Cataluña, como en política lingüística, todos han venido consintiendo el estado de cosas. Si se quiere, se puede hacer mucho ruido; las consecuencias serán las mismas, pero los aspavientos probablemente contribuyan más al follón que están montando.

Otros braman, yo también, contra la excarcelación de terroristas y violadores por cuenta de la derogación de la “doctrina Parot”. Pero habrá que convenir que las resoluciones judiciales hay que acatarlas. Lo pistonudo es que

el enfado por los apresuramientos de la justicia lo somatizan algunos en el Gobierno, que por cierto tiene prevista la implantación de la versión ligera de la cadena perpetua.

Hay quejas, y abundantes, por el incumplimiento del programa electoral, sobre todo por cuanto respecta a la subida de impuestos. Como hace tiempo que sostengo que los programas electorales no deben contener sólo bonitas propuestas, sino que también deben hacerse eco de lo que no se va a hacer, de lo que se va a suprimir, de lo que no nos va a gustar, comprenderán que soy partidario de que los programas sean una auténtico contrato. Pero hasta ahora no lo son. Por lo tanto, la subida de impuestos, de la que soy tan víctima como ustedes, obligada por Europa y por las circunstancias, es un claro incumplimiento electoral. Pero entre el incumplimiento y la ruina, qué quieren que les diga, me quedo con lo primero, sobre todo porque el incremento de la presión fiscal se puede subsanar: la legislatura dura cuatro años.

Otros braman contra el aborto. Yo el primero. De siempre. Nadie tiene derecho a decidir sobre la vida humana. Pero las concepciones de unos chocan contra las de otros, y en la síntesis surge una doctrina del Tribunal Constitucional que despenaliza el aborto en los supuestos clásicos: terapéutico, criminológico y eugenésico. Nos guste o no, eso es ley. Lo que hay que hacer, para poner coto a los abusos, es legislar de nuevo. Que se haga.

Sobre la política económica, ha escuchado defender paladinamente la intervención, el rescate de nuestra economía, porque Rajoy, en unos meses, no conseguía nada. Como si Rajoy fuera Fierabrás. Es decir, proclamaban que nos cercenaran las manos y nos arrastraran a la salida de la crisis a base de dejar dientes en el asfalto. Ahora resulta que se equivocaron.

No seguiré poniendo ejemplos. Conviene ahora acotar de dónde proceden tan acerbas críticas de sectores próximos. Las de la izquierda están descontadas. Es menester por lo tanto observar, aun someramente, la naturaleza de la militancia popular. Quedan entre ella añorantes del franquismo, eso sí, inactivos de obra aunque no de pensamiento. Hay tibios demócratas que no reniegan del franquismo por cuanto supone de régimen *de orden*, pero que transitan por la democracia con mayor o menor resignación. Entre muchos de los primeros y los segundos pulula el virus antimonárquico, que incuban con gusto. Saben que una dictadura no es posible. No quieren la Monarquía Parlamentaria. Conocen el desastre de las dos experiencias republicanas españolas. Entonces, ¿qué quieren? ¿Un primorriverismo en pleno siglo XXI? ¿Por qué, para qué, contra quién? Seguramente contra ellos mismos, porque sus tesis sólo conducen a la melancolía y a la exacerbación del ruido en unas calles ya predispuestas por la izquierda contra el PP. Habrá que hacer un inciso para decir también que algún dirigente socialista ha hablado de la tendencia genética de la derecha a la dictadura. Como todo el mundo sabe, no han existido dictaduras socialistas ni comunistas, ¿verdad?

Pero según creo, y felizmente, la masa mayoritaria de los populares está compuesta por personas inequívocamente demócratas, que nada tienen que

añorar, y que manifiestan su lealtad a un sistema político que es el más acreditadamente democrático de cuantos se han experimentado en España: ni en los intermedios liberales del siglo XIX, ni en ninguna de las repúblicas, ni en la Restauración se ha disfrutado de tanta calidad democrática, articulada en torno a la Constitución y, por obra de esta, en torno a la Monarquía parlamentaria. Paladinamente, muchos de la derecha excéntrica aprovechan episodios indeseables para atacar sin miramientos a la institución. Tiran piedras contra su propio tejado.

Es la amplia base social moderada la que supone el mejor cimiento para la viabilidad del proyecto popular. Los insensatos que, más allá de sus ambiciones personales y coyunturales, dan patadas al árbol, deberían pensar que con su desafecto manifestando ante las urnas podrían favorecer el retorno de una izquierda peligrosamente escorada hacia los extremos. Están, en todo caso, en su derecho.

Termino. Creo que el temor de Ana Botella a la fragmentación de la base electoral tiene mucho que ver con la previa fragmentación de la militancia, que en buena medida trae causa de gestos de líderes políticos y mediáticos centrifugos, en el uso, claro está, de su libertad, no faltaría más. El centro es un espacio en que las derechas y las izquierdas se sitúan en el ámbito de la moderación. Eso no tiene nada que ver con complejos, ni con equidistancia ni con otras zarandajas. Sí tiene mucho que ver con la constatación de que la predicada moderación trae más ventajas que inconvenientes. La exaltación, aun bajo guantes de seda, no suele traer nada bueno.